

los caballeros andantes, que tan bien andantes sean ellos para consigo, como lo han sido para conmigo. Tomó un pedazo de pan y otro de queso que le dió el compasivo de Sancho, y, al partirse, con las palabras siguientes acabó de vomitar su acrimoniosa bilis: *Por amor de Dios, señor caballero andante, que, si otra vez me encontrare, aunque vea que me hacen pedazos, no me socorra ni ayude, sino déjeme con mi desgracia, que no será tanta, que no sea mayor la que me vendrá de su ayuda de vuestra merced, á quien Dios maldiga y á todos cuantos caballeros andantes han nacido en el mundo.* Quedó corridísimo Don Quijote, dice su historiador, del cuento de Andrés, y fué menester que los demás tuviesen mucha cuenta con no reirse, por no acabarle de correr del todo.

Sería interminable el traer á relación todos los sucesos en que la ingénita bondad, las nobles aspiraciones, las lisonjeras esperanzas, los puros afectos, el ánimo esforzado, el varonil sufrimiento y demás excelentes prendas de Don Quijote, cediendo en daño suyo, por la irresistible fuerza del tiempo ó de las circunstancias, de la indiferencia ó mala voluntad de las gentes, sólo le acarrean desengaños, pesadumbres, enojos, burlas y descabros. Donde piensa hallar la victoria, encuentra el vencimiento; donde la alabanza, el desprecio; donde la nobleza, la ruindad; con ingraticudes páganle los beneficios, con desaires las finezas, con insultos las galanterías. Perversos encantadores atajan su ímpetu conquistador aprisionándole en una jaula; la mitad de su alma, la hermosa y discreta sobre toda hermosura y discreción, se le transforma en una villana hombruna, zafia y malhablada; hambrientos leones africanos no hacen más cuenta de él que de un espantajo puesto en el campo para ahuyentar las avecillas; por no haber advertido que está mal cinchado su rocín, al presentarse galante á una distinguida cazadora, no se apea airoso, sino que grotescamente viene al suelo llevándose tras sí la silla,

como un jinete novel y torpe; y hasta los únicos que muestran tratarle en la forma que á su alta calidad compete, son indignos burladores que se divierten con él como con un juglar figurero y miserable. Tal es su sino: correr en pos de lo ideal, y encontrarse casi siempre atravesado en la carrera lo real bajo formas groseras y feas, cubierto de asperezas y erizado de espinas. Cuadro interesante, donde, entre claros y oscuros armónicamente combinados, se ven andar á vueltas la locura y la discreción, y contrarrestarse mutuamente, y predominar, ahora la una, ahora la otra, y poner en evidencia cuánta cordura alienta á veces en la primera, cuánto delirio malea la segunda. Sí; que la historia de nuestro generoso y burlado héroe es un trasunto de la vida del hombre sobre la tierra, en el pelear de su entendimiento y corazón con la contrariedad que á sus concepciones y deseos opone el mundo externo, sin darle punto de reposo, ni tal vez espacio para curarse las heridas que recibe.

Porque abundo en este sentido, pláceme, acortando algún tanto el alcance de la narración cervantina, entrever en Don Quijote una imagen de la humanidad en el actual momento histórico, según la locución consagrada ya por la moda. Atrevida, si no quimérica, parecerá la idea; mas nadie la deseche antes de verla explanada.

La filosofía *hiperbórea*, enigmática y descreída, que hoy confunde tantos entendimientos; y la literatura *flamenca*, en el pensamiento insana y en el lenguaje nada pulcra, que pervierte tantos corazones, son como los libros de caballerías que, con frases inextricables, sucesos fantásticos y acaso torcidos designios, volvieron el juicio al Hidalgo. La era de felicidad paradisíaca, que, para algunos, han de inaugurar al fin las aberraciones políticas y las utopías económicas, es la dichosa edad dorada que con sus andanzas se envanecía de resucitar el Manchego. Sus aventuras no fueron más

desventuradas que fecundos son los modernos motines y revoluciones en descalabros, sangre, odios, venganzas, miseria y vergüenza. El culto á un sér imaginario, suma de hermosura y perfección, que le enardecía y avigoraba para toda empresa imposible, lanzándole á lo descabellado, frecuentemente con perturbación de la paz, quebrantamiento de la ley y daño de la inocencia; allá se sale con la aspiración á lo bello ideal de absoluta igualdad, riqueza y bienestar, que, con ser inasequibles á la miserable naturaleza humana, prométense hoy ciertas clases, siquiera á tales ilusorios bienes hayan de llegar por entre desórdenes, llamas y ruínas. El enderezamiento de tuertos; el socorro de menesterosos y el amparo de desvalidos á que el Andante consagraba la intrepidez de su pecho y la pujanza de su brazo, manifiéstanse ahora en el nuevo orden de cosas que se dicen llamados á fundar los desfacedores de agravios sociales, por cuyas víctimas contender pretenden. Las saludables advertencias y persuasiones del criado rústico, pero asaz discreto y muy fiel, son desoídas por inoportunas, impertinentes ó necias; tal cual en nuestro tiempo la parlería de ilusos, cándidos, embaidores ó malvados ahoga las voces de los que combaten el error, señalan el peligro y llaman al camino de la salvación, á quienes los otros motejan cautelosamente de ignorantes ó vilipendian de enemigos del progreso. El desprecio de toda autoridad y la resistencia á toda represión racional y legítima, desprecio y resistencia, hijos del sentimiento delirante de supremacía que exaltaba al Caballero, están representados ahora por la anarquía, que, pareciendo enaltecer al hombre, lo rebaja, y por el desenfreno, que, afectando libertarle, lo esclaviza. En derrotas ó burlas veía el Andante convertirse sus victorias, y achacábalo á inquina de encantadores envidiosos de la gloria que iba á granjear, ó mal hallados con los grandiosos propósitos que le animaban; bien así como al presente los campeones de la regene-

ración universal culpan por los obstáculos con que tropieza, al manejo oculto de los que obedecen á preocupaciones rancias, temen por sus intereses amenazados ó se horrorizan al solo anuncio de las con razón llamadas apocalípticas catástrofes, en pos de las cuales está escrito que ha de venir aquel adelantamiento tan dudoso como encarecido....

¡Ay! que aquí acaba una línea de este paralelo. Por la otra va todavía el Caballero. Precióse siempre de católico; jamás la locura hizo mella en sus creencias, y así, el premio á los fieles prometido empezó á recibirlo acá en la tierra. En el ocaso de la vida mereció de Dios la gracia de ver nuevamente brillar el sol de la razón; á cuya luz reconoció sus pasados desvaríos; y abominando de sus malas lecturas, y haciendo retractación solemne de los cometidos errores, ofreció en sacrificio expiatorio el más profundo arrepentimiento. ¡Dichoso idealismo que, en el terrífico trance, dió á su espíritu paz, esperanza y alegría! La bella muerte de Don Quijote honró por siempre jamás su vida entera.

CAPÍTULO XVII.

EL LOCO, POR LA PENA ES CUERDO.

A Sancho, que, si no entendía la doctrina realista, profesábala por instinto, no le hacían novedad, aunque le llegaban á los huesos, las malandanzas; pero Don Quijote no volvía de su sorpresa cuando se le echaban encima, desatendía de pronto las reflexiones de su escudero y pugnaba por sostener sus propias cavilaciones; mas, al fin, venía tal vez á conocer y tocar la realidad, bien que sólo momentáneamente, pues idénticos sucesos posteriores hallábanle parapetado de nuevo en sus fantasías; de las que tampoco eran parte entonces á desalojarle sino los infortunios que solían ser el acabamiento de sus obras. En alguna ocasión, guiado de su discurso, llegó á tocar el desengaño; pero en las más tuvieron que metérselo en el cuerpo, á fuerza de burlas ó estacazos, ingratos y desalmados malandrines.

Después de la infeliz batalla con los carneros y de sus todavía más aciagas consecuencias, echando de ver Sancho que le faltan las alforjas, con las que se ha quedado el ardidoso Palomeque, en pago de lo que le deben el señor y el escudero, pasa entre los dos este tan corto cuanto gracioso diálogo:—*¿Que te faltan las alforjas, Sancho?— Sí que me faltan.— Dese modo, no tenemos qué comer hoy.— Eso fuera cuando faltaran por estos prados las yerbas que vuestra merced dice que conoce, con que suelen suplir semejantes faltas los tan malaventurados caballeros andantes como vuestra merced es.— Con todo eso, tomara yo ahora más aún un cuartal de pan ó una hogaza y dos cabezas de sardinas arenques, que cuantas yerbas describe Dioscórides, aunque fuera el ilustrado por el doctor La-*

guna. Yo bien puedo asegurar, por haberlo visto repetidas veces, que para ciertos locos el hambre, después de la hartura, es gran despertadora de la sensatez; pero, aun no hilando tan delgado, diré que en esta ocasión, por virtud del hambre, Don Quijote y el realismo estuvieron á un nivel; porque del gusto ideal de una comida, si de herbaje, sazónada por lo menos con altos pensamientos, á la apetencia gástrica de una masa de mal cernida harina y de las agallas de un pescado ordinario y seco, es, en verdad, mucho bajar; cuanto más que, según nuestro sufrido héroe, era honra de los caballeros andantes no comer en un mes: honra tan grande ésta, puede decirse, que por sí sola llenaría el saco, sin dejar verdaderamente espacio en él para el provecho.

En lo sucesivo, llueven sobre el Caballero tantas calamidades, que, promoviendo una reacción en su mente, le abren los ojos del juicio, y por vista de ellos ve la triste realidad de su impotencia contra el adverso destino, y la no menos afflictiva del desengaño de sus nobles arranques. Cierto que el disparate de desensartar galeotes no merecía, por lo enorme y peligroso, otra recompensa que un nublado de piedras, por lo desagradecida y ruin; pero, con todo esto, toca vivamente en el alma la dolorosa queja del Andante al verse malparado en el suelo, sin la ropilla que le han robado los pícaros, y casi hecho pedazos por mano criminal el yelmo de Mambrino. *Siempre, Sancho, lo he oído decir: que el hacer bien á villanos es echar agua en la mar. Si yo hubiera creído lo que me dijiste, yo hubiera excusado esta pesadumbre; pero ya está hecho, paciencia, y escarmentar desde aquí para adelante.* A lo cual contesta el escudero, con incredulidad de experto: *Así escarmentará vuestra merced como yo soy turco.*

No obstante, en otra ocasión pudo contemplar cómo Don Quijote, avisado de antiguos escarmientos, echó á correr por el camino de la prudencia, sin volverse á

mirar los enemigos que dejaba á las espaldas. Tal fué su fuga del campo en que dos pueblos vecinos iban á combatir furiosamente entre sí por la fútil razón de un rebuzno regidoresco ó alcaldesco; que el haber sido lo uno ó lo otro no lo deja deslindado la historia. Así que así, por haber querido Sancho rebuznar tan bien como dos regidores ó alcaldes, cosa que no le fué difícil, pero que es siempre ocasionada, pagó caro el pato, pues, rendido por un descomunal varapalo, y atravesado en el jumento, llegó adonde estaba su señor; el cual, sobrecogido por la nubada de piedras que sobre él caía, las ballestas y arcabuces que le encaraban los campeones de los beligerantes bandos, volviendo las riendas á Rocinante, y encomendándose, esta vez no ya á Dulcinea, sino de todo corazón á Dios, porque el lance iba de veras, y tenías de caso apretado, al galope que pudo tomar el caballo, había puesto tierra por medio, sin acordarse del escudero ni del peligro en que le dejaba. *Bien en hora mala supisteis vos rebuznar, Sancho: y ¿dónde hallasteis vos ser bueno el nombrar la sogá en casa del ahorcado? A música de rebuznos, ¿qué contrapunto se había de llevar, sino de varapalos?* Harto pudo el mísero apaleado darle en rostro con su irregular comportamiento: *Yo pondré silencio en mis rebuznos, pero no en dejar de decir que los caballeros andantes huyen, y dejan á sus buenos escuderos molidos como alheña ó como cibera en poder de sus enemigos.* En vano replica Don Quijote: *No huye el que se retira; porque has de saber, Sancho, que la valentía que no se funda sobre la basa de la prudencia, se llama temeridad, y las hazañas del temerario más se atribuyen á la buena fortuna que á su ánimo; y así, yo confieso que me he retirado, pero no huído; y en esto he imitado á muchos valientes, que se han guardado para tiempos mejores, y desto están las historias llenas; las cuales, por no serte á ti de provecho, ni á mí de gusto, no te las refiero ahora.*

En vano,* vuelvo á decir, porque la verdad es, sin que valga el darle vueltas, que esta vez, aunque la única en su vida caballeresca, Don Quijote tuvo miedo. Según su propia teoría, los primeros movimientos no son en manos del hombre; y su primer movimiento, al ver delante de sí tantas armas de fuego apuntadas, fué poner pies en polvorosa. Y púsolos, corriendo una buena pieza por el campo. En su fuga, ó llámese, como él quiso, retirada, temía á cada paso no le entrase alguna bala por la espalda y le saliese por el pecho; alguna bala de aquellos endemoniados instrumentos, como dijo en otro lugar, á cuyo inventor creía que en el infierno se le estaba dando el premio de su invención diabólica. El cuento de la lanza no está más distante ni es más opuesto al hierro, que el realismo del miedo al idealismo del valor. En aquel crítico punto debió de traer sobresaltadamente á la memoria las pedradas con que los arrieros, pastores y galeotes, y los apaleamientos con que el mozo de mulas de los mercaderes toledanos y los yangüeses resistieron sus acometidas ó pagaron sus favores; y, no curándose de caballerías, ú olvidando locuras, tuvo por bien escurrir el bulto, y guardarse para ocasión más serena y propicia. Los pasados castigos le redujeron á los términos de la razón, pues cierto que no lo hubiera sido el provocar á batalla á más de doscientos hombres armados de estacas, picas, lanzones, partesanas, alabardas, ballestas y arcabuces. Pero ¿no fué él mismo quien dijo una vez al Cura y al Barbero: *¿Por ventura, es cosa nueva deshacer un solo caballero andante un ejército de docientos mil hombres, como si todos juntos tuvieran una sola garganta ó fueran hechos de alfeñique?* ¡Ah! uno es decir y otro hacer, sobre todo para el orate, á quien raras veces duelen prendas que jamás puede pagar; como entonces se vió por la obra, pues ante aquel escuadrón tan formidable para un solo hombre, Don Quijote, imitando al loco de Córdoba, moledor de perros, á quien

metió en costura la vara de medir de un bonetero, hubo de exclamar entre sí: *éstos son podencos; ¡guarda!*

Tal vienen á decir, en efecto, no pocos orates. ¡Cosa digna de reparo! excepto en el enajenamiento de la idiotez, en el estupor de la demencia confirmada ó en la ceguedad del furor, pocas veces ni los más quimeristas, aunque sean hombres de pelo en pecho y buenos puños, arman camorra, hostigan ni molestan á aquellos que, siéndolo también, sabrían hacerles cara, tenérselas tiasas y asentarles la mano. No suelen errar el tiro; mas si, por acaso, se equivocan tarazando á alguno todavía de ellos no bien conocido, en cuanto le han visto las orejas, pasan mirándole al soslayo, y le dejan también por podenco. Éste es un hecho innegable.

No lo olviden los alienistas teóricos, que sólo ven en el enajenado un autómatas cuyos movimientos produce la necesidad y como fatalismo, ciego, tiránico, irresistible. No; es un error el creer que, en general, de todo punto ha perdido el loco el uso de la razón, que carece de discernimiento y que tiene sojuzgado el albedrío.

Además, ¿quién negará que los premios y las correcciones son arbitrios excelentes para la policía de las casas de orates? Ni ¿quién pondrá en duda la eficacia curativa de la hipostenización moral, con que frecuentemente se obtiene una obediencia absoluta, doblegando la voluntad más altiva y obstinada? Querer recomendar, querer reprimir y dominar al que careciese de todo discurso y libertad de albedrío.... ¡Oh! esto sería irrisorio en el primer caso; y, en el segundo, temerario é inhumano. Todavía hoy da en el hito el antiguo adagio de *el loco, por la pena es cuerdo*. El toque está en que la pena, la corrección, sea exclusivamente la moderativa, suave, nada humillante, que permite y abona la terapéutica frenopática; y en que, también exclusivamente, la imponga el Médico Director del

manicomio, único juez competente de las acciones del orate.

Importa proclamar muy alto y con mucha entereza que esto es una verdad práctica; porque, en nuestros tiempos de sensiblería, ataques de nervios y pujos filantrópicos, al oír las palabras libre albedrío y corrección ó pena, en achaque de locura y su tratamiento, no faltará quien de lástima caiga en deliquio ó convulsión, ni quien, poniendo gesto, pretenda confundir al que tal diga, con animosas refutaciones incubadas al calor de estudios de bufete, mas no inferidas de experiencia personal entre los peligros de una sección de orates agitados, indómitos, pendencieros, dañinos y traidores.

Lo cierto es que, delante de las tropas del rebuzno, puso cuerdo instantáneamente á Don Quijote, hipostenizando su hiperfrenia, el miedo que le infundió de una próxima pena la memoria de otras, á la verdad nada psiquiátricas, y sí muy abominables, que, en ocasiones semejantes, le infligieron manos rústicas, villanas y perversas volteando hondas y blandiendo trancas.

CAPÍTULO XVIII.

TRIPLE FATALIDAD DE LA LOCURA.

Con ser los actos de Don Quijote inspirados por el ánimo más bizarro y generoso, no lo apartan ni le valen contra la triple fatalidad que pesa sobre toda locura, y es la consecuencia ó resultado necesario de la contradicción entre lo ideal de la fantasía y lo real del mundo externo, ó, aplicando el concepto á la vida del adolescente, entre lo subjetivo y lo objetivo.

Las determinaciones que sugiere al loco su delirio llévanle con frecuencia á ocasionar daño moral ó material, á veces contra su voluntad, aunque patológica, y no siempre directa sino también indirectamente; siendo, por lo común, sus más allegados y aquellos á quienes más de corazón estima, las víctimas primeras, como escogidas y expiatorias de sus arrebatados extravíos. A la vez sus actos le ponen en la tristísima condición de que los que más le quieren y con su presencia gozan, le tengan miedo y le huyan; y de ser él quien reciba el daño que amenazaba causar á otros, y lo reciba hasta de los suyos, que, con respetarle en términos de que en él renunciarían su propia voluntad, frecuentemente se ven obligados á contrariarle, á defenderse de sus acometidas luchando con él, ó, lo que es más deplorable todavía, á acudir presto, sin contemplaciones ni miramientos, y como por fuerza de villano, á defenderle de sí mismo. Fatales daños que el uno, cuerdo, llorara amargamente, y que los otros dieran una mano por evitarlos. El orate, pues, contra los cuerdos; los cuerdos contra el orate; y la defensa del orate por medio de coerción ejecutada por los cuerdos; son los tres hechos en que casi siempre, por una fatalidad inevitable, la

voluntad enferma del uno y la sana de los otros vienen á converger en un mismo punto, ó á dar por resultado la burla, corrección ó daño material, y casi diría castigo, del adolescente. Fuera de lá locura, no hay para el hombre estado ó situación en que contenerle, reprimirle, vencerle sea demostrarle cariño, protegerle, salvarle.

Fatalidad es que Don Quijote, que, bondadoso y compasivo, ampara y socorre aun á gente *non sancta*, llegue á los rigurosos extremos de abrir la cabeza á dos arrieros, porque, dando recado para abreviar á sus bestias, se atreven indeliberadamente á poner las manos en las armas del que las está velando para una próxima ceremonia; de malherir y casi rematar al sin ventura vizcaíno, porque, cumpliendo como criado fiel y valiente, sale por defensor de sus amedrentadas señoras; de apalear sin piedad á una comitiva de inofensivos sacerdotes que acompañan á un difunto, y ser causa ocasional de que á uno de ellos derribe su asombradiza mula, y con la caída se le quiebre una pierna; y de dar margen á que infames galeotes rompan su cuerda, apedreen y ahuyenten á sus guardas, contra toda ley y razón, con escarnio de la justicia, olvido y desprecio de la más vulgar vergüenza.

Fatalidad grande es también, que apenas haya aventura á la que Don Quijote no vuele gozoso en alas del más noble deseo, y de la que no vuelva escarnecido ó maltrecho, con dolor del alma ó lesión del cuerpo. Dejo aparte, y no es poco, la costalada en el acometimiento de los molinos, los estacazos de los yangüeses, la puñada no liviana del arriero, la pedrea de los pastores y el cantazo de Cardenio; pero dígaseme: la galantería y el valor que le inspiran el paso honroso, junto á la fingida Arcadia, ¿merecen, en lugar de gloria, ultraje; merecen que no se presente campeón alguno á medir las armas con él, sino que, sin lidiar le derribe, patee y ensucie una manada de toros? Y para un caballero, que,

por honesto y fiel á su dama, en quien tiene puesta su alma y todo su ser, desdeña una y otra vez los amoricones de Altisidora, ¡ qué galardón la sarta de insultos con que trata de herirle en lo más sensible esta deslenguada moza! ; *Vive el Señor, don bacallao, alma de admiréz, cuesco de dátíl, más terco y duro que villano rogado cuando tiene la suya sobre el hito, que si arremeto á vos, que os tengo de sacar los ojos! ¿ Pensáis, por ventura, don vencido y don molido á palos, que yo me he muerto por vos? Todo lo que habéis visto esta noche ha sido fingido; que no soy yo mujer que por semejante camello había de dejar que me doliese un negro de la uña, cuanto más morirme... pues la consideración de las crueldades que conmigo ha usado este malandrín mostrenco, me le borrarán de la memoria sin otro artificio alguno; y... me quiero quitar de aquí por no ver delante de mis ojos, ya no su triste figura, sino su fea y abominable catadura.* Y no se replique que esta atroz denostación sea de burlas, pues para el Andante hartó va de veras.

Quiere que todo el mundo reconozca y proclame la suprema hermosura de su señora; que no fuera buen caballero y bien enamorado, si á ella no llevase siempre puesta la mira; y el más burlón sin duda de los mercaderes toledanos, con quienes, por mal caso, se encuentra en una encrucijada, conociendo á primera vista y á pocas palabras que le oye, su falta de seso, toma de ella pie para divertirse, impacientándole con rebuscadas dudas y escrúpulos de Mari-etcétera, hasta ponerle en el extremo de que, montado en cólera, emprenda con todos, diez nada menos, y no que alguno de los principales le venza en honroso combate, sino que le deje molido como cibera la mano ruin de un mozo de mulas.

Para colmar la fatalidad, tal vez alguno, que, por su ministerio, le debe favor y quiere dárselo; los que, habiendo recibido de él un gran beneficio, debieran pa-

gárselo con un tesoro de gratitud; los que más unidos á él están con vínculo de amistad, y más de corazón le aman; éstos mismos son los que, envueltos en acontecimientos dificultosos y apurados, que traen origen de las acciones del pobre loco, se ven al cabo pueſtos, contra toda su voluntad y mal su grado, pero irresistiblemente, en estrecho de tener que usar de la fuerza para contenerle, reprimirle y en cierta manera castigarle.

A la áspera reprehensión de Don Quijote, que se está boca arriba, sin tener hueso sano, en el fementido lecho venteril, la ira del atolondrado cuadrillero, que entra á verle pensando que es muerto, no halla mejor respuesta que un candilazo. El desatino increíble de promover y ayudar la soltura de los forzados á galeras, remáchalo su loco libertador con la extravagante pretensión de que vayan en haz y con la paz de Dios á presentarse ante la princesa del Toboso; y la cólera que en su pecho enciende la forzosa negativa de los villanos, aplácanla ellos, como cuáles son, á pedrada seca, robándole una prenda de vestido y haciéndole casi pedazos el baciyelmo. Sancho, al verse desabrochar por su amo, que cae en la tentación de darle hasta dos mil azotes á cuenta de la suma total en que se tasó el desencanto de Dulcinea; con ser el Sancho bueno, el Sancho discreto y el Sancho cristiano, como le llama su señor, ¡quién lo dijera!, ha de arremeter forzosamente á él, derribarle, ponerle una rodilla sobre el pecho y sujetarle las manos: y en balde le grita Don Quijote: *¿Cómo, traidor! ¡Contra tu amo y señor natural te desmandas! ¡Con quien te da su pan te atreves!*; pues el escudero le responde, mostrando no tener pelos en la lengua: *Ni quito rey ni pongo rey, sino ayúdome á mí, que soy mi señor: vuesa merced me prometa que se estará quedo, y no tratará de azotarme por agora; que yo le dejaré libre y desembarazado; donde no,*

*Aquí morirás, traidor,
Enemigo de doña Sancha.*

¿Qué más? Los mismos Cura y Barbero, los primeros entonces, entre los mejores amigos del Andante, para poner coto de una vez á sus correrías y retirarle á su casa, se ven precisados á sorprenderle dormido, atarle de pies y manos, y meterle en una jaula, como á un loco indómito y peligroso.

De la fatalidad de la locura es á menudo particionero el que se arrima al orate, mayormente si anda con él y le sigue en sus desavíos. Muchos de Don Quijote páganlos las costillas de Sancho; que tal es de rigor suceda al que se ha hecho, como dijo Teresa, miembro de caballero andante; cuanto más que no á bragas enjutas se pesca el gobierno de una ínsula. Ello es que si, creyéndolo, ó no, confiesa en una ocasión que á loco no va quizás en zaga á su amo, sabe, sin que pueda olvidarlo, que muy frecuentemente sale de las pependencias llevándole ventaja en la derrota y el castigo. ¿A quién, sino á Sancho, pelan las barbas, muelen á coces y dejan en el suelo sin aliento ni sentido los mozos de los frailes benitos, porque, bien codicioso y mal aconsejado, ha corrido á quitar los hábitos al derribado, pretendiendo tocarle legítimamente como despojos de la batalla? ¿Quién, sino Sancho, inocente de todo punto en el nocturno fregado de la venta, pues no era suyo el plato sucio que por allí andaba, recibe un chaparrón de puñadas, y, en defensa y desquite, tiene que luchar á brazo partido con la no blanda Maritornes, fugitiva de los del ilusionario caballero? ¿A quién mantean sin compasión los maleantes y juguetones perailles de Segovia, agujeros del Potro de Córdoba y vecinos de la Heria de Sevilla? ¿Cúyo es el jumento que roba el pícaro de Pasamonte, sino de Sancho, que llamaba al manso animal nada menos que hijo de sus entrañas? ¿A quién dejan deslomado las iracundas huestes del rebuzno? Él es el indiscreto ingenuo, que, por haber sacado á plaza las hocicadas que á la princesa Micomicona da furtivamente alguien, que lleva el deseo sobre el recato, ha de sufrir

que, con ser ellas más verdaderas que la herencia de Tinacrio el Sabidor, enojado y furioso Don Quijote, delante de toda la rueda de la venta, le aturruille y deje encogido y medroso con esta desatada filípica: *¡Oh bellaco, villano, malmirado, descompuesto, ignorante, infacundo, deslenguado, atrevido, murmurador y maldiciente! ¿Tales palabras has osado decir en mi presencia y en la destas ínclitas señoras, y tales deshonestidades y atrevimientos osaste poner en tu confusa imaginación! Véte de mi presencia, monstruo de naturaleza, depositario de mentiras, almario de embustes, silo de bellaquerías, inventor de maldades, publicador de sandeces y enemigo del decoro que se debe á las reales personas; véte; no parezcas delante de mí, so pena de mi ira.* Él es el sin ventura, que, más de una vez, la risa á que le mueven los disparates de su amo, bastantes para hacer reir á un muerto, ha de trocar en llanto de dolor por el de los furibundos palos de loco con que el corrido ó airado Caballero le acepilla. En suma, tan malparado suelen dejarle las refriegas de su señor, que casi siempre puede repetir la filosófica lamentación con que pareció dar algún desahogo á su pesadumbre, tras la pelaza de la venta. *Más de cuatrocientos moros me han aporréado de manera, que el molimiento de las estacas fué tortas y pan pintado. Pero dígame, señor, ¿cómo llama á ésta buena y rara aventura, habiendo quedado della cuál quedamos! Aun vuestra merced menos mal, pues tuvo en sus manos aquella incomparable fermosura que ha dicho; pero yo, ¿qué tuve, sino los mayores porrazos que pienso recibir en toda mi vida! ¡Desdichado de mí y de la madre que me parió! que ni soy caballero andante ni lo pienso ser jamás, y de todas las malandanzas me cabe la mayor parte.*

¡Cuánta verdad, además de la belleza! ¿Quién diría que estos pormenores, diseminados, casi ocultos, como perdidos entre las narraciones de la chistosa novela, á modo de incisos entre períodos, forman, metódica-

mente ordenados, un capítulo, no ya curioso, sino indispensable en la descripción de la monomanía de Don Quijote, por declarar uno de sus accidentes principales, que, por otra parte, es constante en todas las locuras?

Sí; que ninguna se exime enteramente de la triple fatalidad. Para el orate, ¿la hay acaso mayor que el ser casi siempre un peligro para todos y para sí mismo? Para el cuerdo, ¿qué mayor apuro, en sus precisas relaciones con el loco, que estar necesariamente aparejado, á un tiempo, para la defensa y para la acometida? Con historia más ó menos larga de vivas conmociones del espíritu y profundos quebrantos del cuerpo; de perjuicios, agravios, injurias á personas extrañas; de pesadumbres, ultrajes, violencias á los allegados; vienen casi todos los locos á la clausura manicomica: último recurso á que apelan sus familias, en el riguroso extremo que, arreciando el peligro, urge sobremanera poner término al conflicto. Las familias, recluyéndolos, no sin repugnancia y disgusto punto menos que invencibles, haciéndoles esta fuerza, imponiéndoles esta cuasi muerte civil, cumplen la ley de la cruel fatalidad; cruel para todos: para los orates, que son reprimidos y alejados por sus mismos deudos; para éstos, que se ven constreñidos á apartarlos de sus amorosos brazos, á negarles el suave abrigo del techo doméstico, y á convertirse en agentes de la sujeción de aquéllos, pedazos de sus entrañas tal vez, con cuya libertad se gozaran tanto como con su comunicación y compañía, en las cuales cifraban toda felicidad, los más gratos embelesos, las más dulces y puras delicias de la vida: bien escasas verdaderamente en contraposición de las pesadumbres.

CAPÍTULO XIX.

CONSTITUCIONES FRENOPÁTICAS.

BOSQUEJO DE LA QUE INFLUYÓ EN EL DESENVOLVIMIENTO
DE LA MONOMANÍA DE DON QUIJOTE.

Hay en la Patogenia un capítulo de mucha importancia práctica, quizás harto olvidado hoy en día, y es la *constitución médica*, con la cual se designa el influjo que, por un período más ó menos largo, acaso de años, ejercen, en el desarrollo y carácter general de las enfermedades, ciertas mudanzas y combinaciones de los agentes atmosféricos y telúricos y de otros desconocidos, aunque á veces presuntos. Los buenos resultados de terapéuticas tan divergentes como las de Stoll, Brown y Broussais, en sus tiempos, sin hablar de la que en el nuestro priva, eran debidos á que ellas cumplían las indicaciones médicas, que emanaban del concepto patológico de las constituciones médicas *biliosa*, *asténica* y *esténica* ó *flogística*, respectivamente. Las curaciones milagrosas que se obtienen con la quina y sus preparados en las Antillas y otras partes de América, responden al conocimiento de la *constitución palúdica*, que allá reina ahora sin cesar y en tal manera, que más bien ha de llamarse endemia. Es decir, que en algunas épocas, como en algunos países, casi todas las enfermedades tienen un carácter general uniforme, y aun lo adquieren aquellas que, no siendo producidas por los expresados agentes, sino por otros mecánicos que ocasionan tal vez el traumatismo, tampoco parecen propensas ni susceptibles de obedecer al influjo dominante.

Por el mismo estilo hay, en mi sentir, *constituciones frenopáticas*.

Sus agentes son del orden moral, pocas veces del físico, pues los de este último que en los Alpes, los Pirineos, otras altas cordilleras y algo en el corazón de nuestras Guillerías, causan el cretinismo, la idiotez y la imbecilidad, no han de tenerse en cuenta aquí, porque los tales defectos, congénitos ó adquiridos en la infancia, no nacen de una constitución sino de una verdadera endemia frenopática. Con mayor motivo han de dejarse aparte los desórdenes mentales originados del abuso de bebidas alcohólicas, pues constituyen una especie de epidemia permanente por contagio del vicio.

Las revoluciones, guerras, catástrofes, crisis rentísticas, controversias religiosas, sucesos memorables, inventos de grande importancia y consecuencia; todos los hechos, en fin, que forman época, ya dichosa, ya más á menudo desdichada, penetran en los dominios de la Patología psicológica, dando á ciertas vesanias tal carácter de uniformidad, que muchas de un mismo espacio de tiempo, consideradas en conjunto, semejan la copia fotográfica de alguno ó de varios acontecimientos que en él ocurrieron. «Todo siglo, toda tierra, dice Brierre de Boismont en las conclusiones de una interesante memoria, ve desenvolverse locuras ocasionadas por el influjo de las ideas dominantes, y que, por lo mismo, llevan la marca de la época: todo acontecimiento notable, toda gran calamidad pública aumenta el número de locos.»*

No trataré de las locuras, sin duda ebrias, que es fama tomaban origen de las fiestas de Baco, en Grecia; ni de las ninfománicas que sobrevenían á las Tiadas atenienses en el furor de sus repugnantes desórdenes; ni de las melancólicas y suicidas que eran una consecuencia de la conturbación pública que producían y fomenta-

* *De l'influence de la civilisation sur le développement de la folie*: memoria leída á la Real Academia de Ciencias de París; pág. 54.

ban el desconcierto, las aviesas pasiones, la descarada inmoralidad, los nefandos vicios y el tiránico gobierno de los emperadores romanos, exceptuados pocos; ni de las demonomaniacas y demonolátricas que las irrupciones de los bárbaros trajeron en pos de sí, pues de todos estos delirios vesánicos sólo han llegado hasta nosotros noticias incompletas, vagas y muy vulgares que, por lo tanto, no pueden servir de fundamento á conclusiones verdaderamente científicas.

Datos más precisos y exactos ofrece la historia de una parte de la Edad media; no de toda, porque no fué toda ella ignorante, fanática y bárbara, cual ha querido pintarla el necio atrevimiento de muchos que ni siquiera la han estudiado, y el odio con que la juzgan y pretenden estigmatizarla ciertos partidos políticos. En una parte del largo período medievista, guerras encarnizadas y continuas de pueblos entre sí y de unos señores con otros; la pasión por el ejercicio de las armas; los movimientos y resultados de las Cruzadas; la ignorancia casi universal; la servidumbre de los pequeños y el despotismo de los grandes; el fervor religioso, el fanatismo y la superstición, la hechicería y la magia; costumbres groseras y tal vez feroces; devastadoras pestes, la negra sobre todas; el azote general y perenne, la lepra, asquerosa y mortífera; éstas y otras causas que entonces se acumularon, fuéronlo de innumerables locuras alucinatorias, guerreras, ascéticas, místicas, demonomaniacas, zoantrópicas y convulsivas, como el baile de San Vito y el tarantulismo; todas las cuales reinaron en Europa alternativamente por algunos siglos, á menudo en forma no diré de epidemias, pero sí de constituciones frenopáticas.

Muchas ocurriéron en tiempos posteriores, que bien merecen sendas narraciones; y yo probaría á hacerlas, si, aunque breves, cupieran en los límites de este capítulo, que no al desarrollo total de tan interesante materia está dedicado, sino solamente á dar una idea

de ella, y á referir algunos hechos ó pormenores que sirvan para más aclararla.

Una constitución frenopática sobrevino, considerable en extremo, que aun no se ha desvanecido del todo, ocasionada por la Reforma y sus consiguientes controversias religiosas y perturbaciones políticas; tan pertinaz y duradera, que, como escribe el citado Brierre de Boismont, las innumerables sectas que de ella nacieron sembraron gérmenes de locura en todas las regiones del mundo civilizado, y son todavía al presente un poderoso móvil de perturbación intelectual*, según lo he visto yo también algunas veces, y ahora mismo lo estoy viendo en una mujer, sencilla y buena, cuyo juicio han vuelto las doctrinas de la propaganda protestante, que no dudo están haciendo en su provincia, más por razón de estado que por celo del servicio de Dios, los modernos cartagineses, que allá se fingen amigos para llegar, si pueden, á ser señores.

El espíritu racionalista de la Reforma y el escepticismo hipócrita del corrompido siglo XVIII fueron, á mi entender, los orígenes de la locura de Manuel Svedenborg**, natural de Estocolmo, hombre de extraordinario talento y fecundísimo ingenio, que, cultivando con raro ahinco el álgebra, la geometría, la física, la astronomía, la química, la metalurgia, la mecánica, la náutica, y también, aunque sin duda con menos afán, la economía política, la anatomía, la fisiología y la patología, trabajaba por sí sólo más que una academia entera, según dice de referencia Louisy; y, á vueltas de dar á la estampa hasta dieziocho tratados sobre diferentes materias científicas, dejó tantos manuscritos, que pudo anunciarse en Londres una edición de ellos en veinte volúmenes en cuarto. Sus alucinaciones, que comenzaron cuando frisaba con los cincuenta y cinco años, no tuvieron número; y de entonces data la se-

* Ibidem, página 17.

** Se pronuncia *Suedenborg*.

gunda fase de su vida, que fué tan oscurecida por el delirio como iluminada por la razón había sido la primera. De Svedenborg puede decirse á boca llena, que no hizo, como quiere nuestro adagio, un ciento, sino miles de locos. Dios, á quien vió en persona, le mandó explicar á los hombres el sentido íntimo y el espiritual de la Sagrada Escritura, escribir y publicar lo que Él mismo le dictaba; púsole en estado de habitar en el mundo espiritual con los ángeles, y en la tierra con los hombres; permitióle ser testigo del juicio final que en 1757 hizo en el mundo de los espíritus; y le ordenó instruir á los hombres sobre la iglesia nueva de que habla San Juan en el *Apocalipsis*, con el nombre de *Nueva Jerusalén*. Otras alucinaciones tuvo, que más bien fueron conceptos delirantes, pues los distinguía la actividad de la inteligencia, y no la pasividad del sentimiento que caracteriza aquellos fenómenos: asistió en los cielos á una conferencia en el templo de la Sabiduría; oyó sustentar varias opiniones y estatuir sobre algunos puntos; vió en el mundo espiritual á Pitágoras, Jenofonte, Sócrates, Lutero, Calvino, Sixto V, Newton, Luis XIV, Wolf y otros, que le dijeron diferentes cosas. Todas estas aberraciones constan por las muchas obras teosóficas que escribió, en el largo espacio de treinta y dos años, con lucidez, riguroso método y estilo agradable. Consta que publicó veintisiete en cincuenta y seis volúmenes, muchas de las cuales fueron traducidas al francés, algunas al inglés y otras al alemán.— *Arcana coelestia*, — *De equo albo de quo in Apocalypsi*, — *De ultimo iudicio et Babyloniae destructu*, — *De Nova Hierosolyma*, — *Canones Novae Ecclesiae*, son los títulos de cinco muy importantes, al parecer; y las hay que lo tienen tan peregrino y desvariado como *Adversaria in libros Veteris Testamenti*, — *De coelo et inferno ex auditis et visis*, — *Deliciae sapientiae de amore coniugali et de voluptatibus dementiae de amore stercorario*. El tono de todas ellas lo dan

las siguientes palabras de la *Vera Christiana religio, seu universalis theologia Novae Ecclesiae*: «El Señor se me ha aparecido mandándome revelar lo que escribo, » pues, abriendo los ojos á mi espíritu, me ha introducido en el mundo espiritual, donde, por tiempo de » más de veinticinco años, he conversado con los ángeles y los espíritus como un hombre de parte con otro.» La trascendencia religiosa y social de este mandato está en que, á la manera que en los tiempos de Abraham, Isaac, Jacob, Moisés, los Jueces y los Reyes de Israel, así Dios envió á un hombre, en un siglo de escándalos y provocaciones de todo linaje, para preservar á la sociedad de una próxima disolución. Este hombre era Svedenborg. Así lo declara él mismo en sus escritos. Algo debía de escarbarle la conciencia cuando, para poner sus ideas y pretensiones á cubierto de toda sospecha, se abroqueló con aquella famosa respuesta de San Pablo á los Corintios: *Nos stulti propter Christum*, y con las palabras del comentador: *Si insanimus, in Deo insanimus*, que ignoro si interpretaba también, como las Escrituras, dándoles un sentido natural, que es el texto liso y llano; un sentido interno ó espiritual, que allá se remontaba con sus fantasías; y una explicación, que iba colgada de ellas. En todo caso, la explicación de las palabras del Apóstol de las gentes, no por lo que, piadosamente hablando, ellas dicen y significan, sino por lo que suenan en puridad, pronunciadas por el místico sueco, cae de lleno, sin ningún género de duda, bajo la jurisdicción de los frenópatas.

Que un hombre cualquiera crea, anuncie y se envanezca de ser el escogido de Dios para revelar al mundo su verdadera doctrina, me causa ya tan poca extrañeza, como que Don Quijote se imaginase haber venido á él para resucitar las muertas caballerías. Lo que me suspende, confunde y descorazona; lo que rebaja á mis ojos el entendimiento humano es, que haya seseras tan vacías, que puedan dar entrada y albergue á tanto cú-

mulo de necesidades, ya que no embelecó; que haya buscavidas tan en huelga, que tengan tiempo y humor para traducir los volúmenes de Svedenborg; que éste llegase á fundar iglesia en su patria, y la siguiesen en Prusia, los Países Bajos, Suiza, Rusia, la parte meridional de África y las Indias Orientales; que la nueva religión tuviese templos en cuarenta y cuatro ciudades de Inglaterra, y más de setenta en los Estados Unidos; que, en éstos, en Inglaterra, en Holanda, en Suecia, en Rusia y en Polonia se constituyesen sociedades svedenborgistas; que, años atrás, se aprontasen en París sumas considerables para poner en francés y divulgar los libros del reformador sueco; que, para hacer propaganda de su doctrina, algunas sociedades de Londres enviasen misioneros á todas las partes de la tierra, y en la misma capital se publicase un *Intellectual repository for the New Church*; y, finalmente, que, entre los numerosos prosélitos de la teurgia svedenborgista, hubiese, ó haya quizás todavía, literatos, hombres de ciencia y otras personas de condición distinguida y de riqueza visible, como lo eran, por ejemplo, el Duque de Sudermania y el Príncipe Carlos de Hesse*. Todo esto nos parecería una simple y vulgar conseja, prescindiendo de sus testimonios y de la potente fecundidad del fanatismo religioso en locuras, si, por analogía, de la verosimilitud de los hechos referidos, ó mejor, de la realidad de aquella constitución frenopática, que volvió del revés tantas cabezas, no nos convenciese el auge que va tomando en nuestros días el trasnochado espiritismo, cuyos adeptos han salido á Svedenborg, como algunos hijos á sus padres, pues también ellos

* *Biographie universelle, ancienne et moderne*; tomo XLIV. París, 1826, págs. 249 á 258.—*Nouvelle biographie générale depuis les temps les plus reculés jusqu'à nos jours*, tomo XLIV, París, 1865, págs. 690 á 702.—MOREL, *Svedenborg; sa vie, ses écrits, leur influence sur son siècle, ou coup d'œil sur le délire religieux*: memoria leída en la Academia de Ciencias, Buenas Letras y Artes de Ruán, en sesión de 30 de abril de 1858; Ruán, 1859.

hablan, discurren, enredan, se las han, y no sé si comen, beben, juegan y bailan con almas del otro mundo.

En el último tercio del siglo pasado y en el primero del presente hubo en Francia una constitución frenopática, que, en los últimos años de aquél, degeneró en verdadera epidemia de locura furiosa, homicida y suicida; y de la cual puede decirse, como de la Reforma, que en todas las naciones de Europa y América esparció semillas, que hoy es, y todavía están germinando, y creciendo las plantas que van produciendo, y éstas dando frutos amargos y venenosos. Esquirol, cuyo testimonio ningún alienista recusará, escribe á este propósito párrafos muy dignos de atención por la enseñanza que contienen. « En Francia las ideas de libertad y » reforma han trastornado muchas cabezas; siendo de » notar que el carácter de las locuras ocurridas de treinta » años acá ha sido el de las borrascas que han conmovi- » do nuestra patria.... Acreciendo la actividad de las » facultades intelectuales, exaltando las pasiones tristes » y rencorosas, fomentando la ambición, echando por » tierra la fortuna pública y la privada, y trastrocando » las condiciones de los hombres, las conmociones po- » líticas engendran un gran número de locuras. Tal » acaeció en el Perú tras su conquista por los europeos; » en Inglaterra, más há de un siglo; en América, des- » pués de la guerra de la independencia; y en Francia, » durante nuestras revoluciones; con la diferencia, en- » tre nosotros y los ingleses, que en Inglaterra, según » Mead, fueron los ricos los que perdieron la cabeza, y » en Francia casi todos los que escaparon de la segur re- » volucionaria cayeron en alienación mental. El influjo » de nuestras desgracias políticas ha sido tan constante, » que la historia de la revolución, desde la toma de la » Bastilla hasta la última aparición de Bonaparte, po- » dría escribirla yo con la de algunos enajenados, cuya » locura se deriva de los acontecimientos que señalaron

» aquel largo período de nuestra historia *.... Las con-
» mociones políticas, como las ideas dominantes, no
» son causas predisponentes, sino excitantes, que ponen
» en juego tal ó cual otra, é imprimen á la locura tal ó
» cual carácter; mas esta influencia, bien que general,
» es momentánea. Al ser destruída la antigua monar-
» quía, muchas personas enloquecieron de miedo ó por
» la pérdida de su fortuna; cuando el Papa vino á Fran-
» cia, fueron numerosas las locuras religiosas; mientras
» Bonaparte estuvo haciendo reyes, hubo muchas rei-
» nas y reyes en las casas de orates; en tiempo de las
» invasiones de Francia, el terror produjo muchas lo-
» curas, mayormente en los distritos rurales; y lo mis-
» mo observaron los alemanes cuando nuestras irrup-
» ciones en su patria.... Tal individuo, á quien el miedo
» de la revolución volvió el juicio, hubiéralo perdido,
» dos siglos atrás, de miedo á los hechiceros y al dia-
» blo.»

Contrayéndose á la monomanía, dice en otra parte: « El estado de las sociedades modernas ha modifica-
» do las causas y el carácter de la monomanía, y ésta se
» ofrece en formas nuevas.... Menoscabado el influjo
» de la religión en la conducta de los pueblos, los go-
» biernos, para mantener en obediencia á los hom-
» bres, apelaron á la policía; y ésta ha sido desde en-
» tonces la que ha turbado las imaginaciones flacas: con-
» que las casas de orates se han llenado de monomania-
» cos, que, temerosos de dicha autoridad, deliran sobre
» sus manejos, y se creen perseguidos de ella. Tal mo-
» nomaniaco, que en otro tiempo hubiera desvariado so-
» bre la magia, la hechicería, el infierno, da hoy en la
» tema de estar amenazado, perseguido y próximo á ser
» encarcelado por los agentes de la policía. Las convul-
» siones políticas han producido en Francia muchas

* « Podría continuar hasta nuestros días esta historia comparada:
» un magistrado se creía acusado del atentado de Fieschi, y dos jóvenes
» se imaginaban ser los cómplices de Alibaud. »

» monomanías, provocadas y especificadas por los acon-
» tecimientos que han distinguido las épocas de la re-
» volución..... En 1791 hubo en Versalles un número
» espantoso de suicidas. Pinel refiere que, habiendo oído
» acusar á Dantón un ferviente admirador suyo, perdió
» el juicio, y fué llevado á Bicêtre.... A muchas (mono-
» manías) dieron origen el proceso de Moreau y la muer-
» te del Duque de Enghien..... La guerra de España,
» las quintas, nuestras conquistas y derrotas ocasiona-
» ron muchas enfermedades mentales. ¡Cuántos indivi-
» duos sobrecogidos de terror, cuando las dos invasiones,
» quedaron monomaniacos! Finalmente, en las casas
» de locos hay algunos que se imaginan ser Delfines de
» Francia y estar llamados al trono. Varias observacio-
» nes podrán leerse en este libro, que corroboran la ver-
» dad general de que el estado de la sociedad influye
» grandemente en la producción y el carácter de la mo-
» nomanía.» *

Esto, en cuanto á los espectadores y víctimas de aque-
lla revolución; mas los actores llegaron también á ve-
ces, aunque por distinto camino, al mismo fatal térmi-
no. Analizando recientemente Drumond el tomo ter-
cero de una obra que Taine está dando á la estampa en
Francia, y con la que llena de asombro al mundo, dice,
al empezar, que «ningún escritor ha sabido, como él,
» hacer severa abstracción de su persona é interesar
» tanto á los lectores, dejando hablar tan sólo á los coe-
» táneos, á los testigos presenciales de la época de que
» trata;» y luego, entre otros párrafos interesantes, pone
los siguientes, que tocan á mi propósito: «Es un ver-
» dadero viaje al infierno el seguir los pasos del histo-
» riador psicólogo. A cualquier lado que se vuelva la
» vista se descubren escenas de crueldad inaudita, de-
» güellos generales sin el más mínimo pretexto que los
» cohoneste, asesinatos de ancianos y de jóvenes abso-

* ESQUIROL, Ibidem, tomo I, págs. 43, 53, 54, 55, 401 y 402.

»lutamente inofensivos. La única excusa que, en honra
»de la especie humana, puede alegarse para tanta atro-
»cidad es, que la mayor parte de los dominadores de
»aquella época, excitados por la extraña serie de acon-
»tecimientos que entonces ocurrieron, llegaron á en-
»loquecer del todo. Locura se ve en Carrier haciéndose
»cantar alegres canciones en la galeota, desde la cual
»presenciaba cómo se ahogaban gran número de infe-
»lices; trasladándose en coche á la plaza, en donde se
»ejecutaba á dos niños, de catorce años de edad el uno,
»y de trece el otro.... Leonardo Bourdon tomó pose-
»sión de la casa de un hombre, á quien había hecho
»guillotinar en la mañana del mismo día en que ocupó
»su habitación, y, después de una orgía, púsose á bai-
»lar delante de la hija de aquel infeliz. Dartigoyte se
»ponía frenético después de beber, y una noche se pre-
»sentó desnudo al público en el teatro. A cada paso se
»encuentran hechos de esta clase; hechos que confun-
»den el espíritu, y que, más bien que indignación,
»producen asombro.» *

El ilustre alienista que, en los pasajes traducidos, declara por tan categóricos términos el influjo nosogénico mental de las revoluciones, manifiesta también, aunque sólo implícitamente, el de las reacciones políticas; y no fuera justo ocultar que éstas, con no menos vigor que aquéllas, lo ejercen tal vez, con sus malas voluntades, con sus odios, con sus rencores, con sus venganzas; despotismo por ley, suspicacia ciega y sistemática; espionaje elevado á la consideración del mérito, y galar-donado con honores y mercedes; persecuciones infatigables y temerarias; traiciones cubiertas con capa de buen servicio público; injustos despojos por razón de estado; encarcelamientos, proscripciones y suplicios, tal vez arbitrarios, á menudo crueles; y, como conse-cuencias precisas de este estado de cosas, en muchas

* ED. DRUMOND, *La Revolución y M. Taine* (*Diario de Barcelona* del 19 de diciembre de 1884, edición de la tarde).

personas, la depresión del entendimiento y la exaltación de ciertos afectos: desconfianza, desánimo, tristeza, melancolía, azoramiento, miedo, terror, desesperación: causas predisponentes y ocasionales, harto poderosas, de toda especie de locura.

También para la historia de nuestros tiempos suministra datos, como es consiguiente, la de los delirios que caracterizan la actual constitución frenopática, hija legítima de una profunda perturbación de la inteligencia y más del sentimiento, resultante de numerosas causas, que, sin embargo, derivan acaso todas de una sola. En el individuo, descreimiento, ignorancia, espíritu de negación sistemática, insensato anhelo de derechos, vergonzoso olvido de deberes, autonomía exagerada, orgullo, soberbia, ambición, codicia, sed insaciable de goces, vicios, miseria; en la colectividad, anarquía, desenfreno, granjeo enmascarado de política, despilfarro de la fortuna pública, execrables apostasías, encumbramientos increíbles, riquezas injustificadas; movedizo lo existente, pavoroso lo por venir; ciencias y artes en raudo vuelo de progreso, pero rastreando y desdeñándose de alzar la vista al cielo; de ellas tomando lecciones y armas la maldad para destruir todo cuanto la contrarresta é impide su entronizamiento y despotismo... ¿qué más, para exaltar las facultades intelectuales, aguzar los apetitos, encender las pasiones, y producir la locura? Ya sé que no todos los que ahora viven se van con esta torcida y bravía corriente; ya sé que los hay, y, por dicha, en mucho mayor número, que á ella oponen el dique de la fe, de la sabiduría, de las buenas costumbres, de las virtudes, del esfuerzo, del desinterés y de cuanto al hombre da dignidad, nobleza y excelencia; tampoco desconozco que, si bien á vueltas quizás de encarnizadas y repetidas batallas, al fin la victoria ha de ser de los buenos sobre los malos, que, dígame lo que se quiera, son los menos, aunque audaces y provocadores, como aquéllos apocados y pusilá-

nimes; pero entretanto el choque, la lucha entablada y sostenida con fortuna varia es otro muy poderoso fomes de celos, temores, angustias, extravíos y enfermedades mentales.

En algunas he visto reflejos de aquellos incendios del entendimiento y del corazón: he visto sistematizada, como se dice en el tecnicismo médico-psicológico, la impiedad, que se aprendió en papeluchos y discusiones más ó menos públicas; he visto la codicia de dignidades, acaso sugerida sólo por ejemplos que parecían sueños; riquezas por el delirio sacadas de la facilidad con que se presume las han adquirido de veras algunos; desbarros económicos, nacidos de errores y preocupaciones que son el único alimento intelectual de ciertas gentes; ruinas positivas ó imaginarias, salidas, como bolas fatales, de la especie de lotería ó juego de azar que llaman Bolsa; opiniones políticas exageradas, odios de clase, esperanzas vanas, absurdos, vaciedades y quimeras. Y, puesto ya en el caso de no callar nada, aunque exponiéndome á que se me moteje de pesimista atroz y vitando, como todo esto lo he encontrado igualmente en el mundo de los cuerdos, y en Dios y en mi ánima que á menudo me habría visto negro para discernir á lo perito, si se me hubiese pedido, cuáles ideas, propósitos ó actos estaban todavía dentro de los límites frenofisiológicos, y cuáles habían entrado ya en los frenopáticos; tal vez ha cruzado por mi mente la especie de si quizá dió en lo cierto Erasmo cuando dijo con su escepticismo sarcástico, que los más de los hombres son locos, y la locura una propiedad de la naturaleza humana.*

* Muchísimo más dijo, según puede verse por los pasajes siguientes, que, no obstante, en comparación de otros infinitos del libro en que se contienen, son, cuanto á concepto y forma, medias tintas y como pinceladas tímidas: —«Los más de los hombres son locos, ni hay uno que no tenga diversas especies de locura, y en las semejanzas de ellas se fundan las amistades de ellos.»—«Realmente, la vida humana

Allá se sale también, aunque está mucho más suave, Boileau en aquel tan sabido pareado:

*Tous les hommes sont fous, et, malgré tous leurs soins,
Ne diffèrent entre eux que du plus ou du moins.*

Ajustando Moratín sus cuentas de forma que, en realidad, viene á ajustar las de cada cual, dice en prosa que vale tanto como aquellos versos: « A todos nos su- » cede lo mismo: si rebajamos de nuestra vida el tiem- » po en que no hemos hecho locuras, la parte útil de » nuestra existencia se reduce á una suma bien corta.»*

Todo tiempo, pues, tiene su constitución frenopática, más ó menos manifiesta, según es mayor ó menor su energía, y el número ó la intensidad de sus efectos inmediatos ó mediatos.

La que produjo ú obró como causa predisponente ge-

no es sino un cierto juego de locura.»—« Ya me parece oír á los filósofos que me replican que es una miseria vivir en la estulticia, en el error, en el engaño, en la ignorancia. Pues ¡ toma! esto es ser hombre.»—« Así como el caballo no es desdichado por no saber gramática, así tampoco el hombre por ser loco, porque esto es anejo á su naturaleza.»—« Entre estas mismas disciplinas, las que más se estiman son las que mejor se conforman con el sentido común, esto es, con la locura.»—« Dudo que entre toda la inmensa muchedumbre de los mortales pueda hallarse uno que sea cuerdo á todas horas, ó que no padezca alguna especie de locura.»—*Maxima pars hominum desipit, imo nullus est, qui non multis modis deiret, et non nisi inter similes cohaeret necessitudo.*—*Nec aliud omnino est vita humana, quam stultitiae lusus quidam.*—*Sed mihi videor audire reclamantes Philosophos: Atqui hoc ipsum est, inquit, miserum, stultitia teneri, errare, falli, ignorare. Imo hoc est hominem esse.*—*Igitur ut equus, imperitus grammaticae, miser non est, ita nec homo stultus infelix, propterea quod haec cum illius natura cohaerent.*—*Inter has ipsas disciplinas, hae potissimum in pretio sunt, quae ad sensum communem, hoc est, ad stultitiam, quam proxime accedunt.*—*Haud sciam, an ex universa mortalium summa quempiam liceat reperire qui omnibus horis sapiat, quique non aliquo insaniae genere teneatur.*

DESIDERII ERASMI *Stultitiae laudatio* (y también *Encomium moriae*); Londres. 1765, págs. 46, 60, 74, 75, 77 y 92.

* *Obras póstumas*; Madrid 1867, tomo, III, pág, 96.



neral de la monomanía de Don Quijote, era efecto de otras causas morales que databan de fecha algo remota, y habían ido acreciendo y modificándose en la sucesión de los tiempos.

Al enlace, y como ejemplar consorcio, de valor y sufrimiento, generosidad y nobleza de ánimo dábase, en lo antiguo, el bello nombre de *caballería*. En este concepto puede decirse que el pueblo español era el primer caballero del mundo. La casi temeraria empresa que comenzó en Covadonga con Pelayo, y en la larga línea de los Pirineos con diferentes caudillos, y terminó en Granada con sus descendientes los Reyes Católicos, no fuera la epopeya que llena aún de admiración y asombro á propios y extraños, si los que la acometieron, los que la continuaron y los que le dieron cima, identificando el amor de la religión con el de la patria, no hubiesen mantenido en ejercicio aquellas cualidades, á porfía entre sí para gloria de todos, y con una perseverancia que pusieron en el más alto punto ocho siglos de lucha, única en la historia de los pueblos antiguos y modernos. La unidad de creencias de que ya gozaban, y la unidad nacional que anteveían, á todos llevaban al combate, animados de una misma aspiración y anhelo; y aun los que no eran para empuñar las armas participaban á su modo del año cabal, y ufanábanse de sus resultados en tal manera, que pocos había que no pudiesen alegar, como el monje Bermudo de aquel bello romance:

Si non ven. Reyes moros,
Engendré quien los venciera.

El continuo guerrear transforma á todo hombre en soldado; la grandiosidad de la lucha y la alteza de sus fines á todo soldado en caballero; y así, con tanta fuerza se arraigan en los pechos, crecen y se extienden los sentimientos caballerescos, que llegan á infundir su espíritu en costumbres, instituciones, leyes; en una

palabra, en la sociedad entera. Rudos son al principio y tal vez feroces, como su época, según los pintan los antiguos romances, y muy especialmente los del Cid, el héroe real, histórico, en quien la entusiástica fantasía popular, convirtiéndole en legendario, personifica la caballería cristiana y patriótica en su concepto más enérgico y sublime; pero suavízanse después, merced á la templanza que inspiran las victorias y los adelantamientos; á la ingerencia de ideas del enemigo común, aventajado entonces en cultura; y sobre todo al influjo del Cristianismo, animoso campeón de la justicia, constante moderador de las costumbres. Con todo esto, el espíritu belicoso lleva á la exageración el caballeresco, y lo hace caer en aventurero, y á menudo en extravagante. A ello coadyuva poderosamente un nuevo afecto: el amor á una dama, amor rendido, ciego, á prueba de rigores, sacrificios y hasta de sandeces, casi religioso para colmo de ellas, que tanto, si no más que el valor, la honra y la grandeza de ánimo, ha de ser guía y sostén, norte y estímulo del que profesa la Orden de la caballería.

Nadie creyera, si por documentos auténticos no constara, que un caballero de noble alcurnia, Suero de Quiñones, hiciese juramento á una dama de llevar al cuello una cadena de hierro todos los jueves; y menos todavía que, para libertarse de esta ridícula prisión, propusiese un hecho de armas, que se llamó *El Paso Honroso*, en el puente de Órbigo, cerca de León, y que él llevó á término, siendo mantenedor, con otros nueve caballeros, contra todos los que se presentasen, y fueron hasta sesenta y ocho: función que duró treinta días, en los cuales hubo seiscientos veintisiete encuentros, quebráronse sesenta y seis lanzas, murió un caballero aragonés, y quedaron heridos muchos, entre ellos Quiñones y ocho de sus compañeros.

Numerosos torneos, de que hacen narración las crónicas de aquel tiempo, manifiestan sobradamente lo

grave y peligroso de semejante estado social; cuanto más que en ellos combatían á veces los mismos monarcas, y siempre con su aprobación y auspicios se celebraban.

En época muy anterior á la de estas luchas el rey don Pedro III de Aragón, en quien lo valeroso emparejaba con lo político, acudió, aunque en balde, á Burdeos para un desafío con Carlos de Anjou, el usurpador del reino de Sicilia, que aquél acababa de incorporar legítimamente á su corona; en balde, digo, porque la cobardía y perfidia del francés impidieron el combate.

Quitando aparte este suceso, ya que, á causa de una provocación de Carlos sugerida por el odio, íbale á don Pedro la honra en dar aquel tan arriesgado paso; los hechos anteriores, en medio de su vanidad, son testimonios de una bizarría que enamora, y ceden en gloria de todo el cuerpo de caballeros y en esplendor del reino; mas en las empresas particulares á que se lanzaron algunos, la extravagancia malogra y deslustra el denuedo. En el reinado de don Juan II de Castilla, dos caballeros marcharon nada menos que á Borgoña, en busca de aventuras extrañamente combinadas con una peregrinación devota á Jerusalén; y, en tiempo de los Reyes Católicos, don Gonzalo de Guzmán, Juan de Merlo, Juan de Polanco, Alfarán de Vivero, Pedro Vázquez de Sayavedra, Gutierre Quijada, Diego de Valera y otros se fueron por los reinos extraños «á facer armas » con cualquier caballero que quisiese facerlas con ellos, » é por ellas ganaron honra para sí é fama de valientes » y esforçados caballeros para los fijosdalgos de Castilla;» hecho referido por Hernando del Pulgar, que conoció á los nombrados, con la circunstancia, agravante para el caso, de que eran más los caballeros españoles que habían salido á buscar aventuras á tierras extrañas, que los extranjeros que venían á Castilla y León. El mismo mosén Diego de Valera habla con marcada com-

placencia de sus propios duelos y combates en Bohemia y Hungría. *

Hé aquí la *Caballería andante*, que, como se deja entender, no constituyeron sólo los acontecimientos mencionados, sino también otros muchos á ellos parecidos.

Referían aquellas hazañas los romances y las crónicas; mas los unos, por ser harto vulgares, y las otras, por no salir del círculo de los magnates, que las leían como á su historia propia, pues en rigor lo era de sus progenitores, no bastaban para proporcionar entretenimiento intelectual á los que sentían deseo de saber, y gustaban de la invención poética con que les traían embebecidos ficciones caballerescas tradicionales ó legendarias de libros compuestos en reinos extranjeros, mas ya divulgados en todos, como las historias del Rey Arturo y de los Caballeros de la Tabla Redonda, de Carlo Magno y de los Doce Pares y otras por el mismo estilo. Vino á cumplir esta necesidad el *Amadís de Gaula*, libro ya declarado por de nacionalidad española en juicio contradictorio abierto y cerrado por la crítica; cabeza y tipo de los de caballerías, el mejor, según había oído decir el Barbero, de todos los de este género, como así era entonces la verdad, y aún lo es también ahora.

El gusto con que fué recibido, y la inmensa y nunca vista popularidad que alcanzó, presagiaron al momento que sería numerosísima su descendencia; y tal sucedió en efecto, porque á breve tiempo hubo una verdadera inundación de libros de caballerías, en los cuales se exageró tanto el carácter del fundador del linaje, y dogmatizador de la mala secta, podríamos añadir con el Cura, y tanto se extremó la invención de sus hechos, que lo extraordinario, lo peregrino, lo maravilloso, lo fantástico, lo descabellado y lo imposible fueron los

* GAYANGOS, *Discurso preliminar á los Libros de caballerías*, que forman el tomo XL de la *Biblioteca de Autores Españoles* de Rivadeneyra, Madrid, 1857, pág. VI.

fundamentos en que se asentaron narraciones, no sólo faltas de toda realidad objetiva, sino vanas, inútiles y perjudiciales, por no tener fin razonable, ya que si hacia alguno tendían, como el culto del honor, valentía, lealtad y amor, iban á él por la senda del absurdo; y aun al último afecto atropellando con todo miramiento, decoro, honestidad y demás respetos sociales.

Y campearon los Belianises, los Esplandianes, los Platires, los Anajartes, los Floriseles, los Palmerines, los Lisuartes, los Olivantes, los Lepolemos, los Cifares, los Claribaltes, los Felixmartes, los Cirongilios; y ejercieron sus malas artes los Fristones, los Alquifes, las Urgandas, magos, encantadores, demonios colorados; y poblaron la tierra gigantes, enanos, dragones, endriagos, vestiglos; y salieron á la escena doncellas muertas de amor por el primer advenedizo de relucientes armas, dueñas medianeras que pagaban con traición la confianza; y viéronse regiones como un cielo, palacios encantados, lagos de pez hirviente; y caballeros volaron por los aires, montados sobre hipogrifos y serpientes de fuego; y riñéronse duelos titánicos; y desbaratáronse con una sola espada ejércitos innumerables; y la lengua, tosca todavía al principio, daba aspereza á los pensamientos, y el estilo entonces, y más á menudo después, se subía á las alturas de lo alambicado, ó andaba perdido en el laberinto de lo conceptuoso.

Y has de saber más, decía Don Quijote al Ama: que al buen caballero andante, aunque vea diez gigantes que con las cabezas, no sólo tocan, sino pasan las nubes, y que á cada uno le sirven de piernas dos grandísimas torres, y que los brazos semejan árboles de gruesos y poderosos navíos, y cada ojo como una gran rueda de molino, y más ardiendo que un horno de vidrio, no le han de espantar en manera alguna; antes con gentil continente y con intrépido corazón los ha de acometer y embestir, y, si fuere posible, vencerlos y desbaratar-

los en un pequeño instante, aunque viniesen armados de unas conchas de un cierto pescado, que dicen que son más duras que si fuesen de diamantes, y en lugar de espadas trujesen cuchillos tajantes de damasquino acero, ó porras forradas con puntas asimismo de acero, como yo las he visto más de dos veces. Linda imitación imaginó el Hidalgo de algunas monstruosidades de tales libros.

Es lástima que en ellas y otras semejantes y mayores viniesen á parar invenciones que, aun en nuestros días, cautivan por el espíritu de grandeza que las anima y los esplendentes ejemplos con que á generosa emulación incitan. Nunca quizá se ha visto en la historia de las letras humanas un género tan inspirado por lo bueno, tan ejemplar en la idea, como adulterado por lo malo, y vicioso en la ejecución, hasta el punto de dar fundamentos sólidos para juicios diametralmente contradictorios.

Con razón se ha escrito de los libros de caballerías que « todos se parecen en el fondo, todos representan » al vivo las cualidades propias de un buen caballero: » valor intrépido en las batallas, amparo del oprimido y » menesteroso, cumplimiento de la palabra empeñada, » lealtad en los amores, galantería con las damas, cor- » tesanía y comedimiento con los iguales, respetuosa » veneración de los ancianos y mayores en estado, así » como generosa condescendencia con los inferiores; » en una palabra, cuantas dotes y cualidades consti- » tuían, á juicio de sus autores, un perfecto caballero; » porque apenas se hallará uno que, al escribir tales li- » bros, no declare ser su objeto é intención enardecer » los ánimos de los leyentes, é incitarlos á la imitación » de aquellos modelos del más cumplido caballerismo.»*

Y, sin embargo, estas razones de crítico docto é imparcial no son parte á desvirtuar las que muchos años antes dijo otro escritor con mal disimulado enojo. « Los

* GAYANGOS, *Discurso preliminar* citado, pág. LVI.

» que han querido defender que el espíritu caballeresco
 » era útil para mantener la honradez en los nobles, el
 » valor en los militares y el pundonor en las damas,
 » parece que no tienen siquiera noticia de lo que son
 » los libros de caballerías, pues basta su lectura para
 » conocer que estas monstruosas y perjudiciales novelas
 » destruían el verdadero concepto de la honradez y de
 » las obligaciones características de los nobles, que desfi-
 » guraban la idea del valor torciéndole á lo injusto, y
 » haciéndole degenerar en temeridad reprehensible, y
 » finalmente que al paso que colocaban el pundonor de
 » las damas en puras exterioridades, franqueaban la
 » puerta para la disolución más abominable, enseñando
 » tercerías, tratos clandestinos, robos y otras abomina-
 » ciones, que doraban con sólo pintarlas como executa-
 » das con esfuerzo ó con temeridad.»*

Blanda censura es ésta en comparación de la furibunda invectiva de Arias Montano, que á los caballeros andantes llamó monstruos, hez de libros á los que contaban sus aventuras; partos de ingenios estúpidos, llenos de invenciones indecentes, propias sólo para depravar las costumbres, pintándolas bárbaras, no guardando razón de lugar ni tiempo, fingiendo hechos desatinados, y no siendo para agradar sino á los que se van tras torpes vicios y asquerosos deleites.**

* Ríos, *Análisis* citado, párrafo 187.

** *Errantesque equites, Orlandum, Splandiana Graecum,
 Palmirenumque ducem et caetera monstra vocamus,
 Et stupidi ingenii partum, foecemque librorum,
 Collectas sordes in labem temporis, et quae
 Nec melius tractent hominum quam perdere mores.
 Temporis hic ordo nullus, non ulla locorum
 Servatur ratio, nec si quid forte legendo
 Vel credi possit vel delectare, nisi ipsa
 Te turpis vitii species et foeda voluptas
 Delectat, moresque truces, et vulnera nullis
 Hostibus inflicta, ac stolidè conflictæ leguntur.*

Pasaje citado por el Sr. MENÉNDEZ Y PELAYO, *Historia de las ideas estéticas en España*, Madrid, 1884, tomo II, pág. 266, nota.